

Esperando otro 17 de Octubre: la identidad de clase media y la experiencia de la crisis de 2001 en Argentina

Ezequiel Adamovsky

Universidad de Buenos Aires / CONICET, Argentina
e.adamovsky@gmail.com

Resumen

Este trabajo se propone contribuir a una mejor comprensión de la dimensión política de la identidad de clase media en Argentina, a través del análisis de una imagen que apareció con cierta insistencia luego de 2001: la de un “17 de Octubre de la clase media”. La curiosa imagen y los desplazamientos en sus sentidos, desde su primera aparición hasta sus usos más recientes, es interpretada reconduciéndola a dos contextos. Por una parte, el de los cambios socioeconómicos, políticos e identitarios que la sociedad argentina experimentó a partir de la década de 1990. Por la otra, el del trauma que la irrupción del peronismo produjo en 1945, cuyos efectos todavía persisten en la cultura nacional. La imagen del “17 de Octubre de la clase media” se interpreta así como una fantasía de superación del horizonte peronista por obra de un evento similar al que en 1945 protagonizaron los más pobres, pero esta vez encabezado por la clase media.

Palabras-clave: Argentina; clase media; identidad; 17 de Octubre; peronismo

Abstract

This article seeks to contribute to a better understanding of the political dimension to middle-class identity in Argentina, by analyzing an image that appeared after 2001: that of a “17th October of the Middle Class”. This curious image, and the shifts in its meanings from its first introduction to its most recent manifestations, is interpreted by locating it into two different contexts. On one hand, the socio-economic, political and identity changes that Argentine society experienced during and after the 1990s. On the other hand, the longer context of the trauma that the emergence of Peronism produced in 1945, which still casts effects on Argentina culture. The image of the “17th October of the Middle Class” is thus interpreted as a fantasy of closing the Peronist political horizon, by replicating the event that opened it in 1945, this time with the middle (and not the working) class in the leading role.

Keywords: Argentina; middle class; identity; 17th October; Peronism.

Este trabajo se propone contribuir a una mejor comprensión de la dimensión *política* de la identidad de clase media en Argentina, a través del análisis del significado de una imagen que apareció con cierta insistencia luego de 2001: la de un “17 de Octubre de la clase media”. Como es sabido, el 17 de octubre es la fecha mítica de fundación del movimiento peronista. Un 17 de octubre de 1945, masas de trabajadores se lanzaron a ocupar el centro de la ciudad de Buenos Aires exigiendo la liberación del coronel Perón, entonces detenido en la isla Martín García. Era una multitud nunca antes vista en el elegante centro de la ciudad: pobres, algunos de ellos mal vestidos y de piel morena. Venían de las barriadas humildes de Buenos Aires y también de los alrededores. En La Plata, Tucumán, Zárate, Córdoba y Salta hubo manifestaciones similares. Ese día consiguieron la liberación de Perón e iniciaron un inesperado proceso político que pronto lo llevó a la presidencia, además de causar un profundo trauma en las clases superiores.

Las primeras investigaciones sobre la historia de la identidad de clase media en Argentina sugieren que la misma no existía o estaba muy débilmente arraigada antes de 1945. Habría sido precisamente por reacción al desafío “plebeyo” que traía el peronismo que surgió entonces una identidad propiamente de “clase media”. Mientras el peronismo buscó asociar la verdadera nacionalidad argentina a la clase trabajadora, la idea de “clase media” surgió para disputarle ese sitio privilegiado, presentando a sus supuestos partícipes como la mejor parte de la sociedad, la heredera de la gran inmigración europea que supuestamente habría traído el progreso y la modernización al país. La identidad de clase media tuvo desde sus inicios, entonces, un fuerte componente antibleyero (asociado incluso al desprecio por las personas de tez oscura) y un contenido político implícito: fue predominantemente antiperonista. Durante años, sin embargo, la vitalidad del hechizo plebeyo que el movimiento peronista había traído a la política argentina significó una poderosa impugnación a la pretensión de la clase media de ser considerada el núcleo de la nación. Desde esa época, y hasta la actualidad, persiste un choque de representaciones que enfrenta dos visiones de la nación Argentina. Por un lado, la imagen de un “país de clase media” que, implícita o explícitamente, invisibiliza o condena la presencia plebeya. Por el otro, la de una nación que encarna principalmente en el bajo pueblo (y que consiguientemente impugna fuertemente el carácter antipopular que supuestamente ha tenido la clase media).¹

La resolución de este conflicto de representaciones (o, dicho de otro modo, la estabilización de una representación hegemónica de la nación que sea menos disputada) requeriría así, o bien la anulación del hechizo plebeyo que trajo el peronismo en 1945, o bien una superación de los términos en disputa por obra de alguna síntesis capaz de reconciliarlos. Los cambios socioeconómicos y políticos que experimentó la sociedad argentina a partir de los años noventa alimentaron algunas estrategias en ambos sentidos, que son precisamente las que permite visualizar la curiosa imagen de un “17 de Octubre de la clase media”. Para comprenderlas cabalmente, es preciso comenzar por los condicionantes materiales que enmarcaron tanto los cambios en las identidades de clase, como las dudas y ansiedades respecto del carácter y destino de la nación argentina.

La identidad de clase media y la experiencia de la crisis

El primer estudio sobre autopercepción de clase realizado en Argentina muestra que a más tardar en 1960 existía ya una identidad de “clase media” sólidamente instalada entre vastos sectores sociales. En una encuesta realizada ese año a poco más de 2000 habitantes del área metropolitana de Buenos Aires de todas las condiciones sociales, al preguntárseles por su posición en la sociedad –se les daba a optar de entre nueve grupos sociales predeterminados–, 46 personas eligieron definirse como pertenecientes a los escalones superiores (“clase alta”, “rico”, “aristocracia” o “burguesía”), 780 lo hicieron como “clase media” y 1185 se ubicaron en los escalones bajos (“modesto”, “humilde”, “clase popular”, “proletariado”). Resulta interesante percibir ya por entonces la expansividad de la identidad de clase media: un porcentaje cercano al 15% de los encuestados que, según criterios objetivos, eran de origen social bajo, se percibían sin embargo como “clase media”. De manera similar, un 70% de los que objetivamente eran del nivel social superior eligió definirse como “clase media”.²

¹ Véase Enrique Garguin: “El tardío descubrimiento de la clase media en Argentina”, *Nuevo Topo*, no. 4, sept.-oct. 2007, pp. 85-108; Ezequiel Adamovsky: *Historia de la clase media argentina*, Buenos Aires, Planeta, 2009.

² Gino Germani: “Stratification and Mobility in Four Latin American Cities: Argentina”, reporte de investigación, Inter-University Consortium for Political and Social Research, 1976; idem: “Clase social subjetiva e indicadores objetivos de estratificación”, en *Medición y construcción de índices*, ed. por Manuel

La información disponible sugiere que la identidad de clase media se expandió aún más en los años siguientes. En los años 1985 y 1986 un investigador norteamericano realizó una encuesta sencilla a un conjunto de ciento diez obreros y empleados del conurbano bonaerense elegidos al azar pero de modo que estuvieran incluidos diversos gremios y tipos de trabajo. Los obreros eran textiles, metalúrgicos, de la industria automotriz y de luz y fuerza. Los empleados eran bancarios, docentes y telefónicos. Los resultados de la encuesta fueron sorprendentes. Al preguntárseles si pertenecían a la “clase media” o a la “clase baja”, la mitad de los obreros y tres cuartas partes de los empleados respondieron “clase media”. Así, más de la mitad de las personas que un sociólogo no habría dudado en catalogar como “clase obrera”, pensaban de sí mismas que pertenecían a una clase superior. Los motivos por los cuales se consideraban “clase media” en general apuntaban a aquello que los distinguía de los que, para ellos, sí pertenecían a la clase baja: un cierto bienestar material (poseer casa o un sueldo más o menos digno), un determinado nivel cultural (haber recibido educación o tener una “mentalidad” diferente de la de los más pobres) y también la apariencia.³ Indudablemente, este resultado se relacionaba con el contexto político en que se realizó la encuesta. En efecto, a comienzos de la década de 1980 el movimiento peronista, desorientado y con su líder muerto, había caído en un gran descrédito. Tras años de una brutal dictadura, las ideologías que en los años setenta habían situado a los trabajadores como protagonistas centrales de un cambio social anhelado perdieron su ascendente sobre buena parte de la sociedad. En las elecciones de 1983 había triunfado el candidato de la UCR; por primera vez el peronismo perdía en comicios limpios. El imprevisto triunfo de Alfonsín marcó de alguna manera el apogeo de la identidad de “clase media” en Argentina. La UCR había triunfado con el voto de los sectores medios y altos, pero también con el de una porción importante de las clases bajas, que esta vez habían optado por no votar por su partido habitual.⁴ La derrota del justicialismo y el protagonismo de la clase media durante la campaña electoral trajó, para muchos, la promesa de dejar atrás, por fin, el hechizo plebeyo que el peronismo había lanzado sobre la política nacional.⁵ Los estudios de autopercepción de clase de los que disponemos para años posteriores confirman a grandes rasgos la expansión de la identidad de clase media. A mediados de la década de 1990 casi la mitad de las personas pertenecientes a los

Mora y Araujo, Buenos Aires, Nueva Visión, 1971, pp. 179-205. Otra encuesta realizada en 1963 a 1660 jóvenes de varias ciudades del país también reveló la extensión que había alcanzado la identidad para entonces. Al preguntárseles “¿Cuántas clases existen en la Argentina y cuáles son?”, el 2% respondió que “no hay clases sociales en Argentina”, 7% que “hay dos clases” (respondieron así especialmente los entrevistados de menor nivel socioeducativo) y 65% que “hay tres clases”. Aunque las designaciones para la clase superior y la inferior variaban, la del medio aparecía definida claramente como “clase media”. De hecho, la gran mayoría –1313 jóvenes– eligió definirse de esa manera (79 se consideraron de clase “alta” y 128 de la “baja”). Véase David Nasatir: “Social Stratification in Argentina - Perceptions of Argentine Youth”, *Sociological Focus*, vol. 2, no. 4, 1969, pp. 79-92; idem: “Role of the University in the Development of Political Consensus, Argentina 1963”, reporte de investigación, Inter-University Consortium for Political and Social Research, 1976.

³ Como bien advirtió el investigador, si la pregunta sobre la pertenencia de clase hubiera dado la opción de definirse como “clase trabajadora” (en lugar de “clase baja”), sin duda muchos más habrían optado por ella. Eso podría significar que el orgullo trabajador que venía de la experiencia peronista seguía presente y que sentirse de “clase media” no necesariamente era excluyente con verse como “trabajador”. Todo esto no quita el hecho de que, de cualquier manera, entre los encuestados se manifestó una alta tendencia a evitar ser asociado con la “clase baja” (incluso si de ningún modo se sentían cercanos a la “clase alta”). Peter Ranis: *Clases, democracia y trabajo en la Argentina contemporánea*, Buenos Aires, Corregidor, 1997, pp. 287-322.

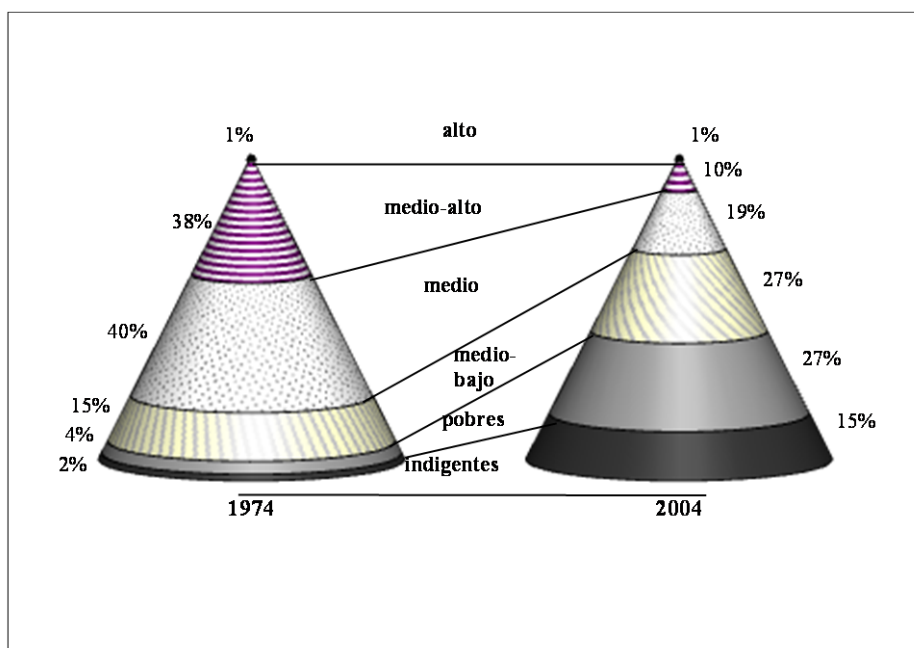
⁴ Edgardo Catterberg: “Las elecciones del 30 de octubre de 1983. El surgimiento de una nueva convergencia electoral”, *Desarrollo Económico*, vol. 25, no. 98, 1985, pp. 259-67.

⁵ Véase por ej. “La clase media de Onganía a Alfonsín”, *La Semana*, 17/10/1985, 24/10/1985, 31/10/1985 y 6/11/1985; Ernesto Goldar: *La clase media en el '83*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1994.

sectores más desfavorecidos de la ciudad de Buenos Aires se consideraban sin embargo a sí mismas como “de clase media”.⁶

Sin embargo, la profunda crisis económica que se fue abriendo paso en la Argentina en los años noventa como resultado de las políticas neoliberales aplicadas por Carlos Menem afectó profundamente la identidad de clase media. Con la complicidad de buena parte de la jerarquía sindical y de casi todo el partido peronista, se eliminaron en tiempo récord la mayoría de las protecciones a la industria nacional y se privatizaron prácticamente la totalidad de las empresas que quedaban en manos del Estado. Decenas de miles de empleados estatales fueron despedidos. Las numerosas quiebras de pequeñas y medianas empresas y comercios dejaron a otros tantos obreros, empleados, técnicos y antiguos propietarios en la calle. En el campo, las políticas cambiarias oficiales, la presión creciente del precio de la tierra y la necesidad de grandes inversiones para estar al ritmo de las mejoras técnicas de sus competidores fueron complicando la vida de los pequeños y medianos productores, muchos de los cuales se endeudaron y quebraron. Con el pasar de los años la desocupación fue alcanzando niveles astronómicos y un porcentaje inédito de la población se vio sumergido en la pobreza o incluso en la indigencia. Fue una ironía de la historia que el que finalmente lograra implementar las políticas que las élites venían reclamando desde hacía décadas fuera precisamente un hombre procedente del peronismo. Sin duda, se trató del signo de que la larga etapa de la historia argentina que se había abierto en 1945 llegaba a su fin.

Probablemente el cambio que resume todos los cambios producidos en esta época sea el enorme crecimiento de la desigualdad. Por el efecto acumulado de las políticas económicas implementadas a partir de 1975, la brecha entre ricos y pobres se amplió de manera alarmante. Así luce gráficamente la variación en el tiempo de las seis categorías de ingreso de los hogares del área metropolitana de Buenos Aires:



⁶ Véase Pablo D. Bonaldi: *Condiciones de estructuración y representaciones sociales de las clases medias urbanas*, Informe de investigación inédito, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales (UBA), 1997, p. 103.

Como puede verse, entre 1974 y 2004 (por no tomar el peor momento de la crisis en 2002), la proporción de los hogares indigentes, pobres y de ingresos medios-bajos creció de manera estrepitosa, reduciéndose en cambio el porcentaje de los de ingresos medios y medios-altos. A medida que fue creciendo la desigualdad y la riqueza se fue concentrando cada vez más en el puñado de los más ricos, la gran mayoría de los habitantes de la región metropolitana –y no sólo los que *ya pertenecían* a las clases más bajas– vieron empeorar su condición social.⁷ De hecho, desde fines de los años ochenta los investigadores comenzaron a advertir un fenómeno nuevo, el de los “nuevos pobres”. Con esa expresión se aludió al hecho de que buena parte de los pobres que las estadísticas registraban eran personas que hasta hacía relativamente poco gozaban de un pasar económico más holgado y pertenecían a la “clase media”. La desocupación, como demostraron los estudiosos, había golpeado particularmente a aquellos que tenían un cierto nivel educativo; de hecho, en estos años el desempleo creció entre los diplomados universitarios más que el doble de lo que aumentó entre los trabajadores sin calificación (la imagen del ingeniero manejando un taxi se repitió en las conversaciones como signo de la común indignación). Las costumbres y formas de adaptación de los “nuevos pobres” a la crisis eran bastante diferentes de las de los sectores ya habituados a situaciones de pobreza. Así, en el universo de los sectores bajos se recortaba un subgrupo hasta entonces casi inexistente, con características propias. Pero lo mismo, visto desde otro lado, significaba que el mundo de la “clase media” había sufrido una fractura profunda.⁸ El crecimiento de la desigualdad y la movilidad ocupacional descendente estuvieron también acompañados por una profunda “precarización” del trabajo, es decir, el empeoramiento en las condiciones de estabilidad laboral y una pérdida relativa de los derechos asociados al tener un empleo más o menos estable.⁹ Pero aunque la gran mayoría de los habitantes de este suelo se vio perjudicada por el modelo neoliberal, hubo sectores que, sin ser necesariamente de la clase alta, salieron beneficiados. Como todo gran cambio, el que se consolidó en la década del '90 ofreció a muchos oportunidades para el enriquecimiento. La contracara de los “nuevos pobres” fueron en esta época “los que ganaron”, aquellos que consiguieron mantener o mejorar su posición social en medio de la debacle del país y diferenciarse de los menos afortunados a través de nuevas pautas residenciales y estrategias de consumo.¹⁰ Acaso el signo más visible de esta fragmentación de la clase media haya sido la multiplicación de “clubes de campo” (*countries*) o “barrios cerrados” en los que los ganadores elegían vivir separados de los perdedores por una muralla.¹¹ Pero la fragmentación de la clase media no fue sólo una cuestión de ingresos o de lugar de residencia. La cultura del consumo, el dinero fácil y el individualismo extremo que acompañó la imposición del neoliberalismo, exacerbada hasta hacerse irresistible durante la década menemista, arrasó con buena parte de los valores más austeros

⁷ Los datos sobre la región metropolitana están tomados de Artemio López y Martín Romeo: *La declinación de la clase media argentina: transformaciones en la estructura social (1974-2004)*, Buenos Aires, Libros de Equis, 2005. Véase tb. Ana Wortman: “Las clases medias argentinas, 1960-2008”, en *Las clases medias en América Latina: Retrospectiva y nuevas tendencias*, ed. por Rolando Franco, Martín Hopenhayn y Arturo León, México/Buenos Aires, Siglo veintiuno, 2010, pp. 117-67.

⁸ Véase Alberto Minujin et al.: *Cuesta abajo: Los nuevos pobres, efectos de la crisis en la sociedad argentina*, Buenos Aires, UNICEF/Losada, 1992; Daniel Lvovich: “Colgados de la soga: la experiencia del tránsito desde la clase media a la nueva pobreza en la ciudad de Buenos Aires”, en *Desde abajo: La transformación de las identidades sociales*, ed. por Maristella Svampa, Buenos Aires, Biblos, 2000, pp. 51-79.

⁹ Véase Susana Torrado (ed.): *Población y bienestar en la Argentina del primero al segundo Centenario*, 2 vols., Buenos Aires, Edhasa, 2007, I, pp. 41, 61-62.

¹⁰ Véase Ana Wortman (ed.): *Pensar las clases medias: Consumos culturales y estilos de vida urbanos en la Argentina de los noventa*, Buenos Aires, La Crujía, 2003; Jon Tevik: *Porteñologics: El significado del gusto y la moralidad en la clase media profesional porteña*, Buenos Aires, Antropofagia, 2006.

¹¹ Véase Maristella Svampa: *Los que ganaron: la vida en los countries y barrios cerrados*, Buenos Aires, Biblos, 2001. Algunas de las cifras están actualizadas según los datos de idem: *La brecha urbana: countries y barrios privados*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2004.

y solidarios (o incluso igualitaristas) que todavía existían en la sociedad argentina. Muchos de esos valores eran los que habían nutrido la educación y la conciencia moral de los sectores medios. En los años noventa se produjo una fuerte contradicción entre los viejos valores de la cultura heredada y los nuevos mensajes que se difundían por todas partes. Allí donde la escuela había insistido en el compromiso cívico con la vida de la nación, ahora se fomentaba la creación de sociedades “privadas” y segregadas en los *countries*. Allí donde los abuelos habían enseñado a valorar la educación, el trabajo y el ahorro, ahora las credenciales universitarias perdían valor y se apuntaba a las ganancias rápidas y el consumo ostentoso. Allí donde sobrevivía el mandato ético de ser honesto y respetar y tener en cuenta a los demás, imperaban ahora el más craso cinismo, la corrupción abierta y la cultura del narcisismo. Y claro, también estaba la confusión de los estereotipos políticos: allí donde el peronismo era considerado signo de atraso y barbarie plebeya, ahora se lo mostraba “moderno” y bien a tono con los ricos y famosos. En fin, la década del '90, tanto por los cambios socioeconómicos como por los culturales, significó un duro golpe para el universo de la clase media. Las penurias económicas deterioraron fuertemente el nivel de ingresos de parte de sus integrantes, al punto de generar un gran contingente de nuevos pobres. Los nuevos estilos de consumo y formas de urbanización la partieron en dos sectores ya irreparablemente distantes entre sí. Los cambios culturales hicieron que parte de su universo mental se volviera obsoleto y fuera de tiempo. Para muchos esto significó la agonía o incluso el fin de la clase media.¹²

Las encuestas de autopercepción de fines de los años noventa muestran novedades interesantes, sin duda relacionadas con estos cambios y con los discursos públicos asociados a ellos. Cuando en 1998 un equipo coordinado por una conocida socióloga realizó una encuesta a un grupo de 200 habitantes de la ciudad de Buenos Aires que, según criterios objetivos, pertenecían a los sectores medios, uno de ellos definió las clases sociales y su propio lugar entre ellas de la siguiente manera:

La clase alta goza de todas las posibilidades que da el dinero. Tienen casas, industrias, viven de rentas. La clase media empobrecida, los profesionales, les cuesta llegar a fin de mes, trabajan en varios lugares, viven en lugares más o menos cómodos, pero no muy lujosos. Por su parte la clase baja muy baja se caracteriza por la desprolijidad y descuido en el aseo personal, la boca, los dientes incompletos. No tienen un sueldo viable, viven generalmente en el conurbano, no tienen educación secundaria, repiten las palabras, manejan pocos conceptos, son escasos en todos los recursos, también los intelectuales. No soy clase alta porque tengo que salir a trabajar todos los días para tener lo que tengo, y si fuera clase baja no tendría trabajo, preparación, cosas materiales, no podría darle educación a mi hija.

La definición que ofreció entonces el encuestado presenta la mayoría de los elementos que constituyen la identidad de clase media. Para él o ella, ser “de clase media” implicaba no sólo tener un cierto nivel de ingresos sino también una educación y un aspecto exterior diferente al de las clases más bajas. Resulta asimismo interesante la contraposición del lugar de residencia: los pobres “generalmente” no eran los que habitan en la ciudad sino en el “conurbano”. Porteño, educado, limpio, de buena presencia (y seguramente, aunque no lo hizo explícito, “blanco”) era el modo en que el encuestado se imaginaba en contraposición con los de clase baja. De la clase alta, en cambio, sólo se sentía separado por la cantidad de dinero que poseía (y por ende por la imposibilidad de vivir “de rentas” sin trabajar). Pero la respuesta contiene también algunos elementos que seguramente no habrían aparecido en una encuesta realizada 15 años antes. Puesto a definir las clases sociales que conformaban la sociedad argentina, agregó un adjetivo a la de su propia pertenencia. No era la

¹² Algunos títulos de la prensa son en este sentido bien ilustrativos: “El fin de la clase media”, *La Semana*, 27/7/1989; “Los nuevos pobres. Parte de la clase media perdió su condición”, *Noticias*, 13/5/1990; “Extinción de la clase media. Cómo aprender a ser pobre”, *Clarín*, 26/8/1990; “Adiós, clase media, adiós”, *Diario Popular*, 3/5/1992; “Adiós, clase media”, *La Nación*, 15/8/1996; “¿Desaparece la clase media?” [debate], *Clarín*, 19/8/1996; “Lenta desaparición de la clase media”, *Clarín*, 16/9/1997, etc.

“clase media” a secas, sino la “clase media empobrecida”. Ese tipo de respuestas fue frecuente entre los demás encuestados (que pertenecían a varios estratos, desde empleados hasta exitosos profesionales): “clase media-baja”, “media-trabajadora”, “en extinción”, “venida a menos” o “ex clase media porque cada vez estamos más abajo”, fueron algunos de los agregados comunes. El 13,5% de ellos incluso eligió identificarse como “clase baja” o “clase trabajadora”, a pesar de que, según los criterios objetivos aplicados por los encuestadores, pertenecían a los sectores medios. Al preguntárseles de qué clase se sentían más cerca, más de la mitad de los que se definieron como “de clase media” respondieron “de la baja más que de la alta” (sólo el 12% manifestó sentirse más cerca de la “clase alta”).¹³ No contamos con encuestas similares como para comparar, pero es muy probable que el sentimiento general de decadencia y de proximidad con las clases bajas fuera ahora bastante más alto que en décadas anteriores (o al menos eso concluyó otra investigación del año 2000, que halló que sólo la mitad de los argentinos se consideraba entonces “de clase media”, mientras que en décadas anteriores, según ese estudio, la cifra habría llegado al 70%¹⁴). Cabe resaltar que había una cierta conciencia de destino común y *colectivo* en esta percepción: quienes se declaraban “empobrecidos” con frecuencia indicaban que su suerte era parte de un fenómeno general de toda la clase media (y no de su propio infortunio *como individuos*).¹⁵ Otras encuestas confirman que en los años noventa se produjo un profundo quiebre en las imágenes de sí mismos en relación a las características fundamentales de la sociedad argentina: dos realizadas en el año 2000 mostraron que entre el 63 y el 76% de los argentinos consideraba que la generación de sus padres había tenido un nivel de vida superior al que ellos tenían en la actualidad, al tiempo que los encuestados manifestaban una visión pesimista respecto de las expectativas para sus hijos y de las posibilidades de revertir la creciente desigualdad entre ricos y pobres en el país.¹⁶ El imaginario de la Argentina del ascenso social y las oportunidades para todos estaba fuertemente dañado. Y ya que la identidad de clase media se había asociado insistentemente con la de la nación toda, por su papel de abanderada del progreso y heredera de los inmigrantes que lo trajeron desde Europa, la percepción de la decadencia de este sector no podía sino afectar las definiciones de la argentinidad. La disminución de la “clase media” se asoció insistentemente con un proceso de “latinoamericanización” de la Argentina que la alejaba de su supuesto origen más “europeo”.¹⁷ No sería metodológicamente lícito comparar estas encuestas con la que realizó a mediados de los años ochenta el investigador norteamericano mencionado anteriormente. Es difícil, sin embargo, resistir la tentación de imaginar, a partir de tal comparación, sutiles cambios y deslizamientos que podrían haber estado aconteciendo, de la “clase media” como una identidad expansiva en la que incluso obreros querían participar, a la situación inversa en la que personas que tenían todavía buenos

¹³ Ruth Sautu: *La gente sabe: interpretaciones de la clase media acerca de la libertad, la igualdad, el éxito y la justicia*, Buenos Aires, Lumière, 2001. Cita en p. 51.

¹⁴ “Encuesta: valores y expectativas”, *Página 12*, 6/9/2000, p. 12. El trabajo es de Graciela Römer. Todas las encuestas de este tipo, sin embargo, deben tomarse con gran cautela: existen pronunciadas diferencias en los resultados según el modo en que se planteen las preguntas y la situación precisa en que se las formule. Véase Jorge Raúl Jorrot: “Percepciones de clase en la Argentina”, *Estudios del Trabajo*, vol. 36, 2008, pp. 49-83.

¹⁵ En este punto coincide la investigación de Gabriel Kessler: “L'expérience de paupérisation de la classe moyenne argentine”, *Cultures & Conflits*, no. 35, 1999, pp. 71-93.

¹⁶ “Para el 63% de la gente, sus padres vivían mejor”, *Clarín*, 3/7/2000, pp. 12-13; “Encuesta: valores y expectativas”, *Página 12*, 6/9/2000, p. 12. Otra encuesta de 2002 mostró que la imagen que la mayoría de la gente tenía de la sociedad 30 años antes era una de una relativa igualdad, mientras que el 61% opinó que la sociedad Argentina actual se parecía a una pirámide con una pequeña elite en la parte más alta, muy poca gente en el medio y la gran masa del pueblo en la parte más baja. Véase Ana Wortman: *Construcción imaginaria de la desigualdad social*, Buenos Aires, CLACSO, 2007.

¹⁷ Ver por ej. Liliana Moreno: “Argentina, odisea 2010: el inquietante tango del futuro”, *Clarín*, 3/12/2000.

motivos para reclamarse parte de ella, se resignaran no obstante al “dolor de ya no ser” y al pesimismo respecto del porvenir.¹⁸

Un 17 de octubre para la clase media: 2001

En la segunda mitad de los años noventa fueron apareciendo diversos movimientos de resistencia a las políticas neoliberales, en los que participaron –en general construyendo alianzas específicas– tanto organizaciones gremiales de los trabajadores y desocupados, como otras que representaban a sectores medios, desde docentes y agricultores, hasta comerciantes y pequeños industriales. A comienzos de diciembre de 2001 en todo el país se fueron entrelazando en una misma trama poderosas acciones de resistencia a las políticas de De la Rúa (que continuaron en la orientación neoliberal de Menem), protagonizadas tanto por personas de clase baja como por las de sectores medios empobrecidos.¹⁹ Durante esas jornadas no faltaron las evocaciones a gestas del pasado. En una concentración de trabajadores y desocupados en La Plata el 13 de diciembre, por ejemplo, los oradores llamaron a realizar “una gran pueblada nacional como el 17 de octubre [de 1945]”.²⁰ En ese contexto, algunas voces también intentaron convocar a la “clase media” a la acción, incluso a la rebelión. Un caso interesante es el de la Confederación Argentina de la Mediana Empresa (CAME), nucleamiento de más de 900 cámaras específicas y centros comerciales de todo el país, representativos especialmente del comercio pero también de los profesionales, de la industria y del sector servicios. Luego de motorizar varias iniciativas durante la segunda mitad de los años noventa, CAME se lanzó por entonces a organizar la que fue su movilización más importante. El 12 de diciembre convocaron a hacer sonar las bocinas, golpear cacerolas, cortar calles, apagar las luces de las vidrieras y descolgar los teléfonos en reclamo de un cambio en “esta política económica y social”. La medida tuvo importante repercusión en numerosos puntos del país. Como parte de su estrategia de ampliación de alianzas, desde abril de 2001 CAME había comenzado a identificarse como una entidad que no defendía tan sólo a los pequeños y medianos propietarios sino a la “clase media” en general. De hecho, la prensa de la entidad presentó la acción del 12 de diciembre como el comienzo de una verdadera “rebelión de la clase media” empobrecida.²¹

Pero el llamamiento más vehemente a la “rebelión de la clase media” provino de la pluma de un simple historietista. Desde comienzos de diciembre de 2001 Miguel Rep publicó en el diario progresista *Página 12* una serie de viñetas que resultarían premonitorias. Harto de enfrentar las dificultades económicas que traía la crisis, Gaspar “el Revolú” –uno de sus personajes más conocidos, un porteño “progre” devenido empleado telefónico a pesar de tener estudios universitarios– invitó a los lectores a “salir a la calle” hasta “echar al ministro” (Cavallo). “¿Cuándo

¹⁸ Las estrategias para evitar percibirse por fuera de la clase media, sin embargo, fueron tenaces. Véase Sergio Visacovsky: “Experiencias de descenso social, percepción de fronteras sociales e identidad de clase media en la Argentina post-crisis”, *Pensamiento Iberoamericano* 10, 2012, pp. 133-168.

¹⁹ Véase Daniel Ozarow: “When All They Thought Was Solid Melted Into Air: Resisting Pauperisation: A Case Study from Argentina during the 2002 Crisis”, Paper presented at the 2010 Congress of the Latin American Studies Association, Toronto, 6-9 October 2010.

²⁰ Véase Daniela Mariotti et al.: *Tiempos de rebelión: “Que se vayan todos”*, Buenos Aires, Antropofagia, 2007.

²¹ Véase *Informe Pyme*, 25/4/2001; circular de CAME del 9/12/2001; “Rebelión de la clase media”, *Informe Pyme*, 19/12/2001; “La convulsión social argentina”, *La Prensa.com* (Panamá), 16/12/2001. La identificación como parte de la “clase media” siguió presente en documentos y discursos de CAME en 2002 y posteriormente; véase las Circulares de CAME del 15/1/2002 y del 7/11/2004.

nos levantaremos, la clase media?”, increpó furioso el 5 de diciembre, desde un recuadro de tamaño triple. Al día siguiente Gaspar se preguntó “¿Será capaz la clase media de una protesta espontánea, sin líderes, en silencio, una marcha con una sola premisa tipo: ‘Que se vaya el de Economía, NO a sus medidas?’”. La tira del día 10 ya vino con el título “La Rebelión de la Clase Media”, que conservó durante las semanas siguientes. Gaspar insistió: “¡Clase media levántate!”. Reclamando solo en Plaza de Mayo el día 12 Gaspar recibió una dura golpiza policial y fue arrestado en la isla Martín García. (Los lectores seguramente comprendieron la alusión a aquel otro preso ilustre de la misma prisión en 1945: Perón.) Enterada del suceso su hija marchó a su vez a la Plaza a exigir la liberación de su papá y convocó a otros adolescentes a ayudarla: “Chicos de la clase media, ¡levantémonos!”, escribió en una pancarta el 15 de diciembre. Dos días después apareció un recuadro único con la imagen de una multitud de jóvenes (“los adolescentes clase media llenan la Plaza”, lo tituló el autor).



La imagen abundaba en referencias a la historia. Algunos chicos con los pies dentro de una fuente exclamaban “Qué copado esto de poner las patas en la fuente”, otra alusión al 17 de octubre de 1945, cuando, en una de las escenas que más horrorizó al público más “educado”, los manifestantes refrescaron sus pies en las fuentes de la Plaza tras su larga caminata. Un cartel que llevaban otros advertía “Guarda con nosotros, podemos ser la segunda Juventud Maravillosa” (en referencia al modo en que se llamó a los jóvenes radicalizados de los años setenta). Pero al mismo tiempo numerosos elementos apuntaban a lo nuevo: los protagonistas son adolescentes que además celebran su desdén por los partidos, hay referencias a “asociaciones de hackers”, teléfonos celulares y formas de acción como el boicot al consumo que no forman parte del repertorio de métodos de lucha tradicionales. El día 19 de diciembre, siempre en la tira de Rep, la Plaza de Mayo seguía tomada por la multitud adolescente, que al hacer silencio terminó de crispar los nervios de Cavallo, que observaba desde el balcón de su despacho. La tira que apareció el 20 (claro, dibujada el día anterior), mostraba a la multitud a oscuras en la Plaza y se preguntaba en referencia a la reciente medida de De la Rúa: “¿La clase media aceptará el Estado de Sitio?”. Poco después la historieta anunciaría la liberación de Gaspar y –coincidiendo ahora sí con lo que pasaba al mismo tiempo en la vida real– las renuncias del ministro y del Presidente.²²

Curiosa rebelión la imaginada por Rep horas antes de los eventos: para ser una revuelta protagonizada por la clase media, tenía demasiadas similitudes con las formas de acción del peronismo y de las clases bajas que habían jalonado la historia nacional... Finalmente el 19 y 20 de diciembre de 2001 una inédita rebelión popular terminó con el gobierno de De la Rúa. Aunque en ella participaron tanto personas de sectores medios como bajos, la prensa la presentó como una movilización sólo “de la clase media”. Casi inmediatamente se instaló desde los medios masivos la idea de que esas jornadas significarían un parteaguas en la historia nacional y que ya nada sería

²² Rep: “La rebelión de la clase media”, serie de la historieta Gaspar el Revólú, *Página 12*, 5 al 27/12/2001.

como antes. La acción masiva y callejera de la clase media aparecía como la principal novedad. De su mano parecía venir la promesa de que los peores abusos de los políticos y de los poderosos tendrían ahora un límite muy preciso, marcado por la presencia de la clase media como grupo social activo en la vida política. Incluso un cronista escéptico respecto de los alcances de este nuevo protagonismo, Mario Wainfeld (también de *Página 12*), aceptó tres días después de los eventos que “algo cambió cualitativamente” tras el cacerolazo del 19, al que describió explícitamente como “El 17 de octubre de la clase media”. En efecto, el cacerolazo había derribado un presidente radical, pero el “dato positivo de los días por venir” es que permanecerá como una “espada de Damocles” sobre la cabeza del peronismo, ahora de nuevo en el gobierno.²³

¿Por qué se reactivó en esa ocasión un símbolo en apariencia tan lejano a la clase media como el 17 de octubre para dotar de sentido a eventos a los que, al mismo tiempo, se imaginaba como completamente novedosos? En la imaginación de intelectuales progresistas como Wainfeld o Rep, un nuevo 17 de octubre traía la promesa de restaurar la unidad de la nación que aquél otro 17 de octubre (el del '45) había mostrado fracturada. Sólo un nuevo 17 de octubre podía deshacer el hechizo plebeyo que había surgido en 1945. El reencuentro de la clase media con la acción reivindicatoria colectiva y con los justos reclamos de la clase baja parecía anunciar la reconciliación de dos porciones de la nación que habían permanecido enfrentadas hasta entonces. Sin dudas la fantasía de este reencuentro se sostenía no sólo en el hecho concreto y empírico de las luchas en común que ambos sectores habían librado en los tiempos previos a la rebelión (y que seguirían librando todavía durante un tiempo), sino también en la base subjetiva de la nueva autopercepción de vastos sectores medios, que se veían como una clase media *pero* empobrecida (es decir, simbólicamente más cerca de los pobres). Resulta interesante que fuera sólo el diario progresista el que albergara esta imaginación, que no se encontró en los de orientación más liberal o conservadora.²⁴

Debe notarse, sin embargo, que esta restauración de la unidad nacional se daba bajo la égida de la clase media y no en plano de igualdad. En la rebelión imaginada por Rep, el legado del peronismo (y la presencia plebeya que él expresó) quedaba reconocido y aceptado. Pero no por ello dejaba de tratarse de una rebelión *de* la clase media. El significado concreto de este liderazgo, sin embargo, no se percibía con claridad. Wainfeld lo señalaba explícitamente: la movilización espontánea de la clase media había sido importante, pero sin organización y un programa no conseguiría estar al alcance de las expectativas que había despertado. En la tira de Rep, el regreso de Gaspar/Perón de Martín García no trajo un nuevo liderazgo (como en el '45), sino apenas el regreso de un pequeño hombre de clase media a la seguridad hogareña y a la vida de felicidad privada que compartía con su familia.

²³ Mario Wainfeld: “La peor de las herencias”, *Página 12*, 23/12/2001. Otro ejemplo similar en LG: “El 17 de octubre de la clase media” (febrero 2002), http://elpanqueque.freemovers.com/politica_abril02.htm [acceso 29/8/2009]; José Pablo Feinmann: “Cambió mucho/poco/nada”, *Página 12*, 20/12/2002. La imagen apareció con posterioridad en otros sitios, por ej.: Hugo Presman. “Los días en que la Historia ocupó la calle” (dic. 2006), <http://www.rodolfowalsh.org/spip.php?article2408> [acceso 29/8/2009]

²⁴ De cualquier manera, hay que decir que no todos los intelectuales progresistas cifraron esperanzas en un papel histórico benéfico reservado para la clase media. Por el contrario, en el propio *Página 12* y en revistas como *Confines* se hicieron sentir voces como las de Nicolás Casullo o Alejandro Kaufman que, en la tradición del ensayismo de los años '50 y '60, continuaron afirmando una mirada escéptica sobre ese grupo social y su papel político. Resulta sugestivo, sin embargo, que otros intelectuales plenamente identificados con esa tradición, como Horacio González, defendieran entonces a la clase media del escarnio de sus colegas. El debate suscitado está analizado en Ricardo Fava y Diego Zenobi: “Moral, política y clase media: intelectuales y saberes en tiempos de crisis”, en *Moralidades, economías e identidades de clase media: Estudios históricos y etnográficos*, ed. por Sergio Visacovsky y Enrique Garguin, Buenos Aires, Antropofagia, 2009, pp. 217-45. En el mismo volumen, S. Visacovsky ofrece un interesante estudio sobre las representaciones de la clase media en la prensa durante la crisis de 2001-2002.

Un 17 de octubre para la clase media: 2008

La imagen de un 17 de octubre de la clase media volvió a movilizarse algunos años después, en un contexto muy diferente. La salida de la crisis de 2001 vino de la mano de la elección de un nuevo gobierno en 2003 y del inicio de un notable ciclo de recuperación económica que consiguió revertir algunos de los peores efectos de la debacle previa. Aunque peronista, Néstor Kirchner prometió entonces una refundación política de la Argentina que resultó atractiva incluso para muchos sectores que no se identificaban con su partido. De hecho, Kirchner amagó en sus primeros tiempos de gobierno con disolver el peronismo en una nueva fuerza política “transversal” progresista, superadora del sistema de partidos que había dominado la vida política nacional durante el siglo XX. Sin embargo, algún tiempo después fue recostándose más y más en la seguridad que le brindaban las poderosas estructuras del Partido Justicialista. Su estilo y su discurso político volvieron a emplear progresivamente la liturgia típicamente peronista que había evitado cuidadosamente hasta entonces. Así, con el rencor propio del reproche por una promesa incumplida, en las elecciones presidenciales de octubre de 2007 volvieron a escucharse algunos conceptos que se creían de otros tiempos. El escenario por la posible reelección de un gobierno peronista fue de tal polarización, que volvió a hablarse de un “gorilismo de la clase media”, en referencia al modo en que se llamó a los antiperonistas más furiosos en la década del '50. La candidata Elisa Carrió, que resultó segunda en votos, se presentó en la campaña como abanderada de la ética, la moralidad de “nuestros abuelos” y la “civilización”, por oposición a un gobierno que consideraba inmoral e, implícitamente, bárbaro. En las elecciones previas se había proclamado “la más clara representante de las clases medias argentinas”. Al perder por un amplio margen en 2007, minimizó su derrota diciendo que su partido había captado un apoyo mayoritario en Buenos Aires y otros grandes centros urbanos y que obtenía así la “representación clara de las clases medias y medias altas del país, con sus valores”. Con tal resultado, Carrió sostuvo que la ciudadanía la había puesto en la misión de “ser la fuerza de rescate de nuestros hermanos pobres” que, atrapados en la dependencia que supone la pobreza, no podían ejercer racional y libremente su derecho al voto.²⁵ En sus palabras todavía resonaban las viejas explicaciones del fenómeno peronista, que lo adjudicaban a la gravitación indebida de un resto todavía “poco civilizado” de la vida nacional: el de las clases bajas (especialmente las del interior “atrasado”). Era la clase media urbana, especialmente la de la región pampeana, la convocada a la heroica misión del rescate.

Poco después, la distancia simbólica entre la “clase media” y la baja reaparecería de una manera menos paternalista y más agresiva. En marzo de 2008, en medio de uno de los momentos de mayor prosperidad del campo de todos los tiempos, fogueado por los altísimos precios internacionales de los alimentos, las principales entidades agrarias iniciaron un *lock out* exigiendo una reducción en la alícuota de las retenciones a las exportaciones. A contramano de lo sucedido en los años noventa, la Federación Agraria y la Sociedad Rural esta vez lideraron *juntas* el reclamo, mientras que las entidades representativas de los campesinos más pobres se mantuvieron al margen. El 25 de marzo cientos de personas opuestas al gobierno peronista, ligadas al campo y/o de origen social más bien acomodado, salieron a golpear cacerolas en varias ciudades en apoyo a los empresarios rurales. Los medios de comunicación lo describieron como un nuevo “cacerolazo” protagonizado por la “clase media” o simplemente por “la gente”. Pero en verdad, faltó el espíritu de unidad que hubo en las jornadas de 2001. Como los propios diarios reconocieron, en esa manifestación y en las varias que le siguieron abundaron los insultos racistas contra “los negros” que apoyaban al gobierno.²⁶ A medida

²⁵ “Carrió: ‘El gobierno nace con legitimidad segmentada’”, *La Nación*, 30/10/2007; “Carrió criticó fuerte a Alberto Fernández: ‘No me votaron los gorilas’, enfatizó”, *La Nación*, 31/10/2007; “Elisa Carrió: ‘Voy a ser presidente’”, *La Nación* (Revista), 3/7/2005.

²⁶ Véase *Clarín*, 26 y 27/3/2008 y 3/7/2008; *Página 12*, 23, 26, 27 y 30/3/2008 y supl. Rosario 12 de *Página 12*, 26/3/2008; “Chacareros y contratistas, la nueva clase media del interior”, *Clarín*, 30/3/2008. El propio

que el conflicto se fue profundizando, las partes en disputa apelaron a todo un repertorio de referencias al pasado. El piquetero oficialista Luis D'Elía, retomó los insultos en sentido positivo y se presentó como líder de los “negros” en lucha contra la “oligarquía” y el país “blanco”. El propio gobierno abundó en evocaciones a la Unión Democrática que enfrentó a Perón en 1945 y también comparó el movimiento opositor con la Revolución Libertadora. Pero el otro bando no se quedó atrás. Como para que quedara claro que sus cortes de ruta no eran iguales a los de los piqueteros, los empresarios rurales eligieron presentarse como “los gringos” (una sutil manera de dejar en claro que no se trataba de acciones como las de “los negros”). Aunque muy prósperos, imaginaron ser los herederos de aquellos humildes chacareros inmigrantes que hace más de un siglo poblaron la pampa y debieron luchar por sus derechos enfrentando a la Sociedad Rural, entidad con la que sin embargo ahora marchaban de la mano. El gobierno, por su parte, hizo todo lo posible por presentarse como adalid de las clases bajas, aunque no dejó por ello de hablarle a los sectores medios. La presidenta Cristina Fernández y su esposo, Néstor Kirchner, le advirtieron a la “clase media” que sus “prejuicios culturales” la estaban conduciendo, otra vez, a apoyar a la “oligarquía” y a olvidar que sus verdaderos intereses están del lado del pueblo. La clase media “fue hija del peronismo”, le recordó la presidenta.²⁷ Durante el conflicto y desde entonces volvieron a hacerse presentes voces que, de un modo que recuerda el ensayismo de los años cincuenta y sesenta, denigraban a la clase media por su tendencia a asociarse siempre con las clases altas contra los intereses populares.

El *lock out* estuvo acompañado de intensas medidas de fuerza protagonizadas por agricultores en varias provincias y también por algunos actos verdaderamente multitudinarios en las ciudades de Rosario y Buenos Aires y otros menores en zonas rurales. En uno de ellos cerca de Gualeguaychú el 14 de junio el dirigente de la Federación Agraria Alfredo De Angeli –estrella mediática de la protesta– fue arrestado por la Gendarmería por negarse a liberar una ruta. Horas después fue liberado y regresó al corte, donde lo esperaban sus compañeros. La prensa opositora presentó explícitamente este episodio comparándolo con el encarcelamiento de Perón y su liberación el 17 de octubre de 1945.²⁸ La gran manifestación que había reunido cerca de 200.000 personas en Rosario pocos días antes, el 25 de mayo –emblemático “día de la Patria” en las efemérides argentinas– también fue presentada como un nuevo 17 de Octubre. “A riesgo de exagerar, creo que la última vez que hubo una aparición pública de un nuevo actor social con tanta fuerza fue el 17 de octubre de 1945”, sintetizó Sergio Berensztein para *La Nación*; “la revolución silenciosa que hace años se produce en el campo podría compararse a la de los sindicatos y la clase obrera que dio nacimiento al peronismo.”²⁹ “¿Es una herejía comparar el 17 de octubre de 1945 con el 25 de mayo de 2008?”, coincidió Alfredo Leuco desde *Perfil*:

Se puede mirar el 17 de octubre como el parto de un nuevo actor social: la clase trabajadora. O como el surgimiento del peronismo. La Plaza de Mayo fue el escenario donde se subieron de prepo y por primera vez los obreros que hasta ese momento eran ignorados por la cultura dominante. El 25

vicepresidente (hoy presidente) de la SRA, Hugo Biolcatti, tuvo expresiones racistas; *Página 12*, 23/3/2008, p. 7.

²⁷ Las expresiones de D'Elía en *Clarín*, 28/3/2008 y Luis D'Elía: “¿Progresismo blanco o nacionalismo popular?”, *Perfil.com*, 21/8/2008. Referencias a “gringos” en “La red de ‘gringos’ autoconvocados”, *Crítica de la Argentina*, 31/3/2008; *Perfil*, 26/3/2008; *Página 12*, 3/4/2008. Los “prejuicios culturales”, referidos por la presidenta en su discurso del 18 de junio en Plaza de Mayo y por su esposo el 15 de julio en Plaza Congreso; “hija del peronismo” en *Clarín*, 26/7/2008.

²⁸ “El 17 de Octubre de Alfredo De Angeli”, *La Nación.com*, 14/6/2008. La conductora Mirta Legrand, de conocidas ideas derechistas, repitió esa imagen en su programa de TV; “¡Tengo miedo a la revolución!”, *Página 12*, 17/6/2008.

²⁹ “Para algunos analistas fue ‘otro 17 de octubre’”, *La Nación*, 26/5/2008.

de mayo también iluminó un desconocido sujeto social con preponderancia de clase media rural que tal vez –o seguro– evolucione hacia algún formato partidario.³⁰

La alusión al '45 apareció también de un curioso modo inconsciente cuando Mario Llambías, principal dirigente de las Confederaciones Rurales Argentinas y líder de la protesta, consideró “un zoológico” a las manifestaciones de apoyo al gobierno (la expresión “aluvión zoológico”, acuñada por un dirigente radical para describir las masas que ocuparon Plaza de Mayo el 17 de octubre de ese año forma parte del imaginario colectivo de los argentinos).³¹ Con posterioridad, también la opositora Elisa Carrió consideró las movilizaciones favorables a los empresarios rurales en la Capital como un “17 de octubre”.³² A diferencia de 2001, esta vez no hubo una utilización del símbolo del 17 de Octubre por parte de los medios progresistas. Por el contrario, así graficó la situación Rep en *Página 12* del 29 de marzo:



La frase central alude al slogan que se cantaba en 2002 en las manifestaciones conjuntas entre desocupados y sectores medios, “Piquete y cacerola, la lucha es una sola”. El verbo en tiempo pasado anuncia el cierre de ese entendimiento, mientras que los personajes “mutiladitos” y la cínica aparición del shopping detrás de los nuevos caceroleros aluden a la fractura social y a la ausencia de las clases bajas. Todo lo contrario al reencuentro de los sectores medios y los más humildes que él mismo había imaginado en 2001.

¿Un 17 de octubre “camporista” para la clase media?

Las esperanzas que los sectores antikirchneristas cifraron en la movilización pro-campo pronto se desvanecieron. Aunque las elecciones legislativas de 2009 fueron un revés para el gobierno, lo que en 2008 parecía un movimiento imparable se demostró incapaz de sostenerse en el tiempo y de ampliar sus alianzas. Sin una fuerza política opositora capaz de unificarlos, los intereses rurales no consiguieron transformarse en el núcleo de un nuevo movimiento histórico, tal como anhelaba la fantasía de un nuevo 17 de Octubre. La experiencia de 2008, finalmente, terminó fortaleciendo al kirchnerismo, que contra todos los pronósticos salió del brete radicalizando su discurso y tomando algunas medidas audaces que iban en contra de algunos de los poderes fácticos. Esa estrategia le permitió recuperar mucho de los apoyos que venía perdiendo. La popular celebración del Bicentenario en mayo de 2010 y la masiva despedida de Néstor Kirchner, imprevistamente fallecido

³⁰ Alfredo Leuco: “Cabecitas y paisanos”, *Perfil*, 7/6/2008.

³¹ La referencia al zoológico de Llambías en *Clarín*, 10/7/2008.

³² Elisa Carrió: “No sé si el voto de Cobos fue por conciencia”, *Infobae.com*, 18/7/2008.

en octubre de ese mismo año, terminaron de confirmar que el oficialismo volvía a transitar una cuesta políticamente ascendente. En las elecciones presidenciales del año siguiente Cristina Kirchner obtuvo un segundo mandato en primera vuelta con el apoyo de más del 54% de los votantes, una victoria cosechada incluso en los centros urbanos y distritos rurales que habían sido el epicentro del movimiento de 2008. No hubo dudas de que, a pesar de las diatribas oficiales, una porción importante de la clase media la había votado. En particular se notó un apoyo masivo entre los más jóvenes, que por entonces también ingresaron en buen número a militar en organizaciones ligadas al gobierno.

Las explicaciones de la recuperación del kirchnerismo son múltiples y no es el lugar aquí para detallarlas. Me detendré sólo en los aspectos discursivos que se vinculan con el tema de este trabajo. Luego de 2008 el kirchnerismo adoptó una disposición discursivamente mucho más belicosa que la que había tenido hasta entonces. En coincidencia con ello hubo un sutil desplazamiento en las referencias políticas que enmarcaban su discurso. Si el primer Kirchner se había apoyado en un vago anuncio de “transversalidad” que prometía dejar atrás el peronismo, y el segundo había reculado para apoyarse nuevamente en la identidad y la liturgia peronistas, este tercer período se caracterizó por la recuperación del legado “camporista”. De todo el pasado peronista, el kirchnerismo eligió desde entonces asociarse particularmente con el gobierno de Héctor Cámpora, quien ocupó el poder durante apenas 49 días en 1973 (antes de ser desplazado por el propio Perón). Así, comenzó a echar mano de ideas, vocabulario y símbolos de tiempos de la “primavera camporista”. La juventud políticamente comprometida que había animado esa breve experiencia –junto con su destino trágico bajo la dictadura militar que se instaló poco después– fueron insistentemente evocados. Enfrentar a la “oligarquía” y a las corporaciones, combatir las nuevas “zonceras”, tener a raya a los “gorilas”, recuperar la soberanía nacional, se entrelazaron como temas de una épica de lucha contra los enemigos del pueblo que imbuyó el discurso oficialista (el anhelo de “socialismo” de aquella generación, sin embargo, fue cuidadosamente dejado de lado). Una nueva línea interna del kirchnerismo –a la que no casualmente se bautizó La Cámpora– adquirió una vertiginosa notoriedad y espacios de poder. Fue también ella la principal receptora de los miles de jóvenes que se volcaron a la militancia kirchnerista luego de la muerte de Néstor Kirchner.

Así, por un camino inesperado, el kirchnerismo consiguió reconectarse con las expectativas de cambio que generó el 2001, que imaginaban un futuro de transformaciones profundas que, para muchos, incluían el eclipse del peronismo. Porque lo que regresa hoy retóricamente no es el peronismo en general, sino el momento peculiar que representó el camporismo, la única y efímera vez en que el justicialismo adoptó una disposición izquierdista que trascendía los límites políticos que su fundador le había trazado. Que la evocación de Cámpora es a expensas de la centralidad de Perón fue algo que notaron (entusiastamente) tanto algunos intelectuales kirchneristas como (reprobatoriamente) los peronistas opositores.³³

No sería del todo descabellado concluir que, de alguna manera, el “giro camporista” que viene asumiendo el kirchnerismo fue anticipado por las ilusiones políticas que, en 2001, sostuvieron intelectuales progresistas como Rep o Wainfeld (ambos hoy en las filas kirchneristas). En más de un sentido, la imaginaria “neo-camporista” actual coincide con esa Plaza de Mayo fantaseada por Rep en 2001, repleta de una nueva “Juventud Maravillosa” de clase media, a la vez similar y distinta de la que había metido las patas en la fuente en 1945. De que este imaginario habita el inconsciente político argentino son buenos ejemplos las siguientes fotos, elegidas por los diarios *Clarín* (opositor) y *Página 12* (oficialista) el mismo día de 2011, para ilustrar la asunción de Cristina Kirchner en su segundo mandato:³⁴

³³ Véase por ejemplo José Pablo Feinman: “Los discursos del camporismo”, *Página 12*, 4/12/2011; “Unidos en un homenaje a Cámpora”, *Página 12*, 12/3/2012.

³⁴ La primera apareció en *Clarín.com*, 11/12/2011; la segunda en *Página 12*, 11/12/2011, p. 6.



Leandro Teysseire



Palabras finales

En síntesis, en dos momentos políticamente cruciales (¿acaso tres, sumando el actual?) luego de la crisis de 2001 se apeló a la memoria del 17 de octubre de 1945. En ambos se relacionó con la fantasía de clausurar el hechizo plebeyo que se abrió entonces mediante su repetición, pero esta vez con la “clase media” como protagonista. Las coincidencias, sin embargo, terminan allí. Porque si bien la evocación de 2001 colocaba a esa clase en el papel director, lo hacía de un modo más inclusivo. Se trataba entonces de un reencuentro y reconciliación de dos sectores que supuestamente debían ser parte de uno y el mismo pueblo, pero que sin embargo habían estado enfrentados durante la segunda mitad del siglo XX. El legado del peronismo se superaba aquí aceptándolo e integrándolo. Esta utilización de la imagen que nos ocupa, por obra de personas de orientación progresista, fue posible en un contexto muy particular: el de la mayor cercanía “sociológica” y la parcial confluencia política entre ambos sectores. Por comparación, la evocación del 17 de octubre en 2008 fue excluyente. Se trataba de anunciar la irrupción de un sector social que por fin acabaría con la anomalía peronista. El 17 de octubre “chacarero” se convocaba para deshacer el hechizo plebeyo restaurando la jerarquía social indebidamente alterada por obra del de 1945. En este sentido, se trató de una evocación más en sintonía con las tradiciones políticas y las identidades sociales fundamentales de la Argentina contemporánea.

La irrupción del fenómeno peronista en 1945 trajo a la superficie y politizó de manera peculiar las divisiones de clase que desde mucho antes caracterizaban a la sociedad argentina. Fruto de ese fenómeno, la identidad de clase media surgió entonces con un fuerte sentido antiplebeyo y antiperonista que todavía conserva. La utilización de la imagen de un “17 de Octubre de la clase media” luego de la crisis de 2001 es un índice de la actualidad del modo en que se recortaron las clases sociales y los alineamientos políticos en tiempos de Perón. La fantasía de superación del hechizo plebeyo mediante un acto igual pero de sentido inverso no es sino la confirmación de la vitalidad de un modo de imaginar la sociedad argentina que se resiste a desaparecer.

Bibliografía citada:

Adamovsky, Ezequiel (2009). *Historia de la clase media argentina*. Buenos Aires: Planeta.

Bonaldi, Pablo D. (1997). *Condiciones de estructuración y representaciones sociales de las clases medias urbanas*. Informe de investigación inédito, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales (UBA).

Catterberg, Edgardo. “Las elecciones del 30 de octubre de 1983. El surgimiento de una nueva convergencia electoral”, *Desarrollo Económico*, vol. 25, no. 98, 1985, pp. 259-67.

Fava, Ricardo y Zenobi, Diego (2009). “Moral, política y clase media: intelectuales y saberes en tiempos de crisis”. En Visacovsky, Sergio y Garguin, Enrique (eds.) *Moralidades, economías e identidades de clase media: Estudios históricos y etnográficos*. Buenos Aires: Antropofagia, pp. 217-245.

Garguin, Enrique. “El tardío descubrimiento de la clase media en Argentina”. *Nuevo Topo*, no. 4, sept.-oct. 2007, pp. 85-108.

Gino Germani. “Stratification and Mobility in Four Latin American Cities: Argentina”, reporte de investigación, Inter-University Consortium for Political and Social Research, 1976.

_____ : “Clase social subjetiva e indicadores objetivos de estratificación”. En Mora y Araujo, Manuel (ed.) (1971) *Medición y construcción de índices*, Buenos Aires: Nueva Visión, pp. 179-205.

Goldar, Ernesto (1994). *La clase media en el '83*. Buenos Aires: Plus Ultra.

Jorrot, Jorge Raúl. “Percepciones de clase en la Argentina”, *Estudios del Trabajo*, vol. 36, 2008, pp. 49-83.

Kessler, Gabriel. “L'expérience de paupérisation de la classe moyenne argentine”, *Cultures & Conflits*, n°. 35, 1999, pp. 71-93.

López, Artemio y Romeo, Martín (2005). *La declinación de la clase media argentina: transformaciones en la estructura social (1974-2004)*. Buenos Aires: Libros de Equis.

Lvovich, Daniel (2000). “Colgados de la soga: la experiencia del tránsito desde la clase media a la nueva pobreza en la ciudad de Buenos Aires”. En Svampa, Maristella (ed.). *Desde abajo: La transformación de las identidades sociales*. Buenos Aires: Biblos, pp. 51-79.

Mariotti, Daniela et al. (2007). *Tiempos de rebelión: “Que se vayan todos”*. Buenos Aires: Antropofagia.

Minujin, Alberto *et al.* (1992). *Cuesta abajo: Los nuevos pobres, efectos de la crisis en la sociedad argentina*, Buenos Aires: UNICEF / Losada.

Nasatir, David. "Social Stratification in Argentina - Perceptions of Argentine Youth", *Sociological Focus*, vol. 2, no. 4, 1969, pp. 79-92.

_____ : "Role of the University in the Development of Political Consensus, Argentina 1963", reporte de investigación, Inter-University Consortium for Political and Social Research, 1976.

Ozarow, Daniel (2010). "When All They Thought Was Solid Melted Into Air: Resisting Pauperisation: A Case Study from Argentina during the 2002 Crisis". *Paper* presentado en "2010 Congress of the Latin American Studies Association", Toronto, 6 al 9 de octubre de 2010.

Ranis, Peter (1997). *Clases, democracia y trabajo en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires: Corregidor.

Sautu, Ruth (2001). *La gente sabe: interpretaciones de la clase media acerca de la libertad, la igualdad, el éxito y la justicia*. Buenos Aires: Lumière.

Svampa, Maristella (2001). *Los que ganaron: la vida en los countries y barrios cerrados*, Buenos Aires: Biblos.

_____ (2004) *La brecha urbana: countries y barrios privados*, Buenos Aires: Capital Intelectual.

Tevik, Jon (2006). *Porteñologics: El significado del gusto y la moralidad en la clase media profesional porteña*. Buenos Aires: Antropofagia.

Torrado, Susana (ed.) (2007). *Población y bienestar en la Argentina del primero al segundo Centenario*, 2 vols., Buenos Aires: Edhasa.

Visacovsky, Sergio (2012). "Experiencias de descenso social, percepción de fronteras sociales e identidad de clase media en la Argentina post-crisis", *Pensamiento Iberoamericano* 10, 2012, pp. 133-168.

Wortman, Ana (ed.) (2003). *Pensar las clases medias: Consumos culturales y estilos de vida urbanos en la Argentina de los noventa*. Buenos Aires: La Crujía.

_____ (2007). *Construcción imaginaria de la desigualdad social*. Buenos Aires: CLACSO.

_____ (2010). "Las clases medias argentinas, 1960-2008". En Franco, Rolando; Hopenhayn, Martín y León, Arturo (eds.). *Las clases medias en América Latina*:

Retrospectiva y nuevas tendencias. México D. F. / Buenos Aires: Siglo Veintiuno, pp. 117-167.